

La Marca, que no Magna, Grecia

Tomás Puntas Aguilar
Universidad Pablo de Olavide de Sevilla

BIOGRAFÍA

Residente en la periferia de Sevilla, este humanista de graduación y convicción se afana por cercar el centro de gravedad permanente que le permita no cambiar su idea sobre las cosas y sobre la gente. En la espiral contemporánea hacia la hiperespecialización, ha optado por la multidisciplinariedad. Mal asunto. Aunque ha contraído mástirmonio con la Historia, echa una canita al aire con sus hermanas de cuando en cuando. Entretanto, intenta orientarse en su particular deriva y en la que nos atañe a todos y a todas.

Observa Juvenal con espanto cómo el mundo se ha vuelto número y dinero. Y número. Bueno, y dinero. Los hombres y las mujeres hablan y parecen locos. Y locas. Llegó a arrepentirse de haber abandonado el Hades para visitar la Hispania del s. XXI. Además, la administración aún no ha finalizado de pagar los plazos de la beca *Classicus* que le costeó la estancia en el presente. Acabó aburrido de tanto crecimiento económico, tanta eficiencia y tanto mercado laboral. Se irritaba al recordar que, en Roma, Quintiliano citaba a los expertos con nombres y apellidos y que en el mercado se vendía *garum* y no trabajadores de cualquier índole.

Concretamente, el destino de su beca era Baelo Claudia. Juvenal deseaba conocer sus famosas factorías. Caronte lo hizo emerger en medio del Estrecho, donde unos amabilísimos etíopes lo recogieron con su lancha. Navegaban extremadamente deprisa y no entendían las indicaciones en latín clásico del poeta. No obstante, Fortuna condujo la embarcación a Baelo, lugar en el que los hospitalarios marineros soltaron un par de paquetes que llamaban fardos. Juvenal nadó hasta la orilla empujándolos para ayudar a sus amigos, cuyos abuelos debieron haber sido quemados por culpa de Faetón.

Era kalendas del tercer mes del año. Vamos, uno de mayo, martes. Nuestro protagonista alzó la vista y se estremeció al contemplar la urbe sin colorido y la playa desierta. Aun así, se contentó con estar lejos del mundanal ruido. No había ni un alma. Y eso que Herodoto le había advertido de las megalópolis, la superpoblación y la contaminación de la Modernidad. Seguía siendo tan mal historiador como entonces. El siglo XXI, XXIX ab urbe condita, se antojaba plácido y lejos de los hombres corrompidos de la Antigüedad.

El viaje comenzaba de forma prometedora. Así que, cansado por el jet lag, Juvenal decidió echarse una horita sexta. Durmió unas dos horas. Le despertó un ruido ensordecedor parecido al que producía la lancha de los etíopes. Una especie de carro se aproximaba hacia los denominados fardos. Las dos personas que pilotaban los recogieron y se marcharon tan rápido como vinieron. Uno de los paquetes cayó al subir una duna y rodó hasta la orilla.

Juvenal se aproximó con curiosidad. Debía contener *garum*. Las factorías podrían haberse deslocalizado a suelo libio. Tal y como Tucídides le contó, ahora la producción provenía de zonas lejanas cuya moneda ostentaba un valor inferior a la romana, haciendo el

proceso más barato. ¡Qué inteligente era Tucídides! El fenómeno se apodaba marenostrumización, o algo semejante. El poeta siguió caminando en dirección al paquete pero, a falta de dos pasos, se desvaneció.

Permaneció inconsciente durante un rato. De nuevo, recobró el sentido al escuchar un ruido. Esta vez, se trataba de una voz humana. Un hombre muy alto, rubio, le gritaba en la distancia. Se asustó al observar que solo vestía un exiguo calzoncillo negro y concluyó que un guerrero germano del s. XXI lo estaba amenazando. Sus bárbaros compatriotas habrían asolado Hispania y, con ella, Baelo Claudia y sus habitantes. ¿Por qué Herodoto no le había advertido acerca de esto?

El corpulento gigante no paraba de llamarle y Juvenal no sabía qué hacer. Cuando vio que se acercaba, rezó para que una legión de su corrupta civilización romana diera muerte a aquel invasor que tanto le atemorizaba. Con la última invocación a Marte, echó a correr duna arriba. Estaba exhausto. El terror y la falta de alimento, junto al viaje desde el infierno, socavaban su energía. Miró atrás y el invasor continuaba persiguiéndole. No tenía nada que hacer. Al mirar hacia el frente, el autor latino tropezó y se precipitó duna abajo. Volvió a desmayarse.

El calor se intensificó con la llegada del mediodía. Pero no fue esto lo que le despertó. Juvenal siguió durmiendo. Soñaba con que Ovidio lo convertiría momentáneamente en piedra o en ciervo para escapar del perseguidor. Un lengüetazo de una res, entonces, le devolvió la conciencia. Era blanca y preciosa. Creyó estar en el relato frente a Io. El paisaje se asemejaba bastante al descrito en el libro primero. Suspiró aliviado y sus ojos se cerraron unos minutos más.

Una nueva voz, en lo alto de la duna, le interrumpió. Dos personas ataviadas de arriba abajo de telas verdes le inquirían en un idioma que no parecía germano. Su aspecto, además, se aproximaba a la descripción que había oído de los hispanos. Se levantó, confiado, encaramándose a lo alto del enorme montículo. Mientras escalaba, recordó que Herodoto comentaba que las legiones modernas de Hispania vestían de verde. Sin duda, Roma había vencido nuevamente. Sin embargo, al llegar arriba, el germano cabrón acompañaba a los dos legionarios. Volvió a maldecir al historiador griego.

Los hombres de verde agarraron vehementemente a Juvenal y lo montaron en un carro mucho mayor que el anterior. Arrancaron y se detuvieron junto a la orilla, donde permanecía el fardos. El germano, que había descendido a pie, comenzó a explicarles algo a los legionarios, aunque estos parecían no entenderle tampoco. ¡El mundo está loco! El romano solo quería huir de la escena. El corpulento teutón, por su parte, no paraba de señalarle a él, al paquete y al océano.

Uno de los legionarios, bajito y rechoncho, se acercó al carro y comenzó a hablar al poeta. No comprendía ni una sola palabra. Él tampoco parecía entender el latín clásico y llamó a su compañero. Este último cada vez se irritaba más. Juvenal también, puesto que le enfadaba que unos legionarios romanos apresaran a su ciudadano y atendieran las explicaciones

del invasor bárbaro, por muy deslocalizados que estuvieran los soldados del s. XXI.

Decidió, dada la situación, pensar como Odiseo y valerse de su astucia. Así que pronunció la única palabra de latín moderno que conocía, para calmar los ánimos en señal de simpatía hacia los nuevos tiempos. “Fardos”, espetó el poeta. Los legionarios, que en ese momento conversaban con el grandullón fuera del carro, se giraron al punto. Juvenal volvió a repetir: “fardos”. Los nervios y la brusca reacción ajena le empujaron a soltar una sonora carcajada. El rechoncho soldado le golpeó con fuerza en el mentón, a lo que le siguió su airado compañero. Cogieron un aparato del carro con el que se comunicaban con una voz distorsionada que salía de este. Reanudaron la marcha hacia a saber dónde. El satírico literato volvió a dormirse.

Despertó en una habitación muy bien acondicionada. Disponía de la cama más cómoda jamás tumbada. Unas barras separaban la sala del resto del edificio. Le desconcertaba que la puerta del cuarto requiriera abrirse con llave y lamentó que, con las nuevas generaciones de hombres, las cerraduras hubieran llegado al interior de las casas. Pensando en esto, un nuevo legionario, esta vez azul, le entregó un plato de comida. El presidiario engullía con avidez, a pesar de que el sabor resultaba muy desagradable. Desde luego, no se trataba del famoso garum.

Cuando un par de legionarios azules bajaron a interrogar al pobre Juvenal, este había vuelto a desmayarse. Lo despabilaron y zarandearon hacia una sala sin más ornato que dos sillas, una mesa y un cristal en el muro. Sin embargo, el reo cayó desplomado nuevamente. Los agentes le vertieron agua helada y comenzó el interrogatorio.

— — ¿Cómo se llama?— inquirió el soldado de mayor edad, que se mantenía en pie.

— — Fardos— respondió el poeta, entre sollozos.

— Y sigue con el cachondeito. Desde luego, hoy día el respeto a la autoridad se ha perdido por completo. La humanidad no va a ninguna parte— musitó el anciano justo antes de soltarle un chillido de rabia.

Juvenal, docto en ardidés, optó por explicar muy pausadamente cómo había llegado a la playa. Así quizás le entenderían. Tanta diferencia entre el latín clásico y el moderno no debía existir. Contó que había llegado a la playa por unos etíopes que lo recogieron en lancha. Evitó en su declaración pronunciar la dichosa palabrita para referirse al paquete. Entonces les dijo que, aprovechando el momento, decidió descansar en la playa.

Desgraciadamente, lo único que comprendieron los legionarios fue “bla bla bla carpe diem bla bla bla”, por lo que la irritación de los soldados iba in crescendo. El joven tuvo que frenar el ímpetu del anciano para que no le cruzara la cara con la porra, harto de tanta mofa durante su trayectoria en esta sociedad sin rumbo ni moral alguna. Para más inri, Juvenal cayó redondo encima de la mesa. Le golpearon, le echaron más agua, pero el debilitado reo solo podía abrir los ojos a duras penas. La confusión no hacía otra cosa que agravar su estado. Recobró la conciencia gritando: “Aqua!”.

—Mira cómo cuando quiere sabe hablar, ¿las visto?— ironizó el joven legionario.

Los soldados insistían en preguntarle. Al dar el último trago, los ojos del otrora magnífico autor de sátiras se cerraron de agotamiento. El anciano, encolerizado, le asestó un puñetazo. El romano, queriendo explicar por qué se dormía, gesticulaba y balbuceaba sin ser entendido. La sala presenció nuevos golpes, cada vez más dolorosos. Juvenal, realizando un esfuerzo hercúleo, trató de explicar la dolencia que Galeno, a quién conoció en una antología alemana decimonónica, le había diagnosticado, y la cual explicaba sus frecuentes desvanecimientos.

—Narco..., narco..., narco...

Los dos legionarios contemplaron cómo cayó fulminado nuevamente. La mofa había llegado a su punto culminante. Jamás un preso del calabozo de Tarifa había mostrado tal soberbia y falta de moral a las autoridades. Con la última declaración, los soldados disponían de información suficiente para encerrarlo una temporada. El nexa con el narcotráfico era más que evidente. El juicio se celebraría en Sanlúcar de Barrameda la tarde del día siguiente.

Por suerte, el abogado de oficio asignado era un antiguo profesor universitario experto en Marcial, que tuvo que retomar sus estudios de Derecho para subsistir. Fortuna parecía haberle sonreído en este caso al poeta, de tal modo que defensor y defendido pudieron comunicarse, eso sí, por escrito. El acento de aquel retirado latinista resultaba chistoso e incomprensible. Todo apuntaba en buena dirección.

En el juicio, Juvenal quedó absuelto de todos los cargos. A su abogado de oficio no le fue muy difícil hallar en el Código Penal un vacío legal para clásicos grecolatinos que retornan del Hades auspiciados por una beca y son recogidos por narcotraficantes marroquíes en aguas del Estrecho. Además, el juez consideraba que, en cualquier caso, el delito debió haber prescrito hacía siglos. De no haber sido este el diagnóstico, nuestro protagonista habría pasado una buena temporada en la cárcel, dado que ni el cónsul Rajoy, ni ningún gobierno reciente, parecen indultar a gente digna en el Estado Hispaniol.

Abogado y poeta celebraron el triunfo en el Balbiana y el Bigotes. Mantuvieron una nutrida conversación. El retirado latinista contó una historia que reflejaba la situación política en el que se encontraban los ciudadanos del siglo XXIX ab urbe condita. El relato decía que un chef le preguntó a los distintos animales de granja con qué salsa anhelaban ser cocinados, a lo que estos respondieron que, simplemente, no deseaban ser cocinados. Ante ello, el cocinero les indicó que esa posibilidad quedaba fuera de todo debate.

A Juvenal, encantado de oír una sátira moderna, le pareció un cuento magnífico. Tras meditar, sostuvo que la moraleja era que el garum es la mejor de las salsas para cocinar jabalíes. Parecía, ciertamente, no haber entendido nada de nada. Así que el abogado concluyó señalando que nada había cambiado desde la Antigüedad hasta hoy y que carpe diem por el diíta tan güeno que estaban echando juntos. Borracho de Solear, le confesó que era un fuera de serie. ¡El juez se creyó que provenía de la Antigua Roma! La trama que había urdido para

escapar de la cárcel era brillante. Digna de ser escrita. En definitiva, abrazándose a Juvenal, le felicitó por constituir todo un Odiseo contemporáneo.

Tras varias copas más, se despidieron efusivamente. El romano deambulaba desilusionado por las calles de la Sanlúcar nocturna. Ni siquiera un abogado latinista creía en la veracidad de los clásicos. Llegó a compadecerse hasta de Herodoto. Sin duda, Grecia y Roma estaban muertas, bien enterraditas en el Hades. Se aproximó a un chaval para preguntarle por Horacio, a lo que este le contestó “las doce pa menos cinco, sin premio”. Un segundo, a quién le habló de Homero, le respondió que ese era un simpsons para los latinos. ¡Qué tontería! ¿Quién más latino que Juvenal para saber quién era ese tal simpsons? Encolerizado, acabó sacando su latín moderno aprendido para arremeter contra la actualidad.

—Más tablilla de cera ahí güena pa copí a Virgilio es lo que hace farta aquí ya, ome. ¡Eneida dura! Lo niño están amamonao con tanta plei y tanta pesepé. ¡Augusto os iba a poné firme a ustedel! La juventú de hoy día no tiene rumbo ninguno. Bueno, la de hace veinte siglos tampoco, pero ahora me estoy quejando de esta, ¿vale o qué?— vociferaba el poeta.

Y es que razón el pobre llevaba. Su abogado se había burlado de él. “Los germano vienen a Hispania na má que a invadí cigala. Déjate de rollo y vamo a pedirno otra tapita, que el juicio sa finiquitao ya, caniho”, reía en el bar. Así, en dos días, y gracias a la charla con aquel retirado filólogo, tomó conciencia de cómo iba el mundo en el s. XXI. Traía mucho material para satirizar: los soldados defendían el interés del poder y no del ciudadano, el gobierno aplaudía la llegada de Juvenal a Baelo por “contribuir al fomento de un nuevo mercado de turistas provenientes de otras épocas y favorecer la proyección de la Marca España”, los abogados eran latinistas retirados y el más cuerdo de todos acabó siendo un juez que decretó un fallo loco.

El poeta pensó, entonces, que sus nuevos escritos tampoco serían leídos por los modernos. Así que se descalzó y fue avanzando hacia la orilla sanluqueña camino del Hades, mar adentro. Volvió a desvanecerse. Y, con él, un clásico grecolatino más. Una vez en el Tártaro, encomendó a un chaval contemporáneo, que sí que creía en él, la tarea de redactar sus aventuras en un relato. En él, Juvenal arremetía contra la degradación de las costumbres, el dominio de la estadística y de lo comercial frente a la idea de hombre y, a fin de cuentas, contra todo aquello que significaba Modernidad. Bueno, a decir verdad, contra todo, todo, menos contra la bellotita de polen que se llevó de vuelta pal infierno. ¡Que allí sí que está la cosa mala, caniho!